

ASPECTOS DEL AMOR AL PRÓJIMO EN LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN BERNARDO

San Bernardo de Claraval es reconocido por muchos como un destacado maestro del amor divino. Pero no se puede vivir ni enseñar este amor sin enseñar y vivir el amor al prójimo. La lectura y meditación de la obra bernardiana me ha convencido de que el abad Bernardo es también un insigne maestro del amor al prójimo.

Los místicos —y san Bernardo es uno de ellos— experimentan misteriosamente el misterio de Dios: el misterio de su vida íntima de amor trinitario, el misterio de su voluntad salvífica de amor encarnado y el misterio de su amor infundido con que nosotros lo amamos y nos amamos.

Bernardo de Claraval, maestro y místico, es asimismo un mistagogo: comunica el misterio y ayuda a otros a dejarse introducir en el mismo. Al don de la experiencia, el Señor le añadió las gracias de entenderla, explicitarla, comunicarla y arrastrar en pos del Padre o del Esposo.

Siendo Bernardo un autor monástico tendrá que ser entendido como tal. Su obra es un elocuente testimonio de la teología ascéticamente vivida, místicamente gustada y litúrgicamente celebrada en los claustros monásticos. Me acerco, pues, al monje Bernardo con sensibilidad teológica de monje y, me atrevo también a decirlo, de monja. Su teología es nuestra teología. Teología principalmente caracterizada por:

- Valerse de la *lectio divina* para penetrar el sentido de la verdad revelada.
- Interpretar el Antiguo Testamento según los cuatro sentidos clásicos, dando preferencia al sentido tropológico o moral.
- Poseer una visión del hombre radicalmente optimista.
- Dar amplio lugar al afecto, a la imaginación y a los símbolos.
- Ilustrar la doctrina con modelos personales.

- Exigir y regalar una experiencia de la revelación divina.
- Conducir a una sabiduría práctica o de vida.

El presente estudio se limita a exponer algunos aspectos de la doctrina bernardiana sobre el amor al prójimo. Se centra en aquellos textos que considero estructurantes del edificio doctrinal que él no edificó, aunque sí ofreció todos los elementos para que algún otro lo hiciera. Pero tendremos antes que preparar cuidadosamente el terreno.

I. Contexto doctrinal

Comienzo el desarrollo de mi estudio exponiendo cinco temas que servirán de contexto para los textos que serán luego expuestos e interpretados. Considero que este contexto permitirá ubicar la doctrina de San Bernardo en su propio lugar y medir así su alcance y proyección:

-Dios es Caridad

En veintisiete oportunidades Bernardo se hace eco de la palabra del discípulo amado sobre la identidad divina: *Dios es Caridad* (1Jn 4, 8.16). Pero, ¿cómo entiende San Bernardo esta sublime revelación? Podemos obtener una respuesta consultando los párrafos bernardianos que engarzan la citada fórmula joánica.

Ante todo —y con lenguaje conceptual, abstracto y preciso en sus distinciones— las palabras de San Juan sobre Dios Caridad se refieren "a Dios y al don de Dios", al Donante y a lo donado, "la Caridad da caridad, la Caridad sustantiva da la accidental"¹.

Utilizando un lenguaje simbólico, inspirado en el Salmo 18, Bernardo añade: "la caridad es la *Ley inmaculada y eterna del Señor*"; ella mantiene la "unidad en la Trinidad" y, en cierto modo, la *ciñe y liga con el vínculo de la paz*². Esta ley unitiva es símbolo de la caridad, que es "voluntad común"³, la cual es en Dios una "sola y única voluntad"⁴.

1. Dil 35

2. *Ibid.*; cf. Ef 4, 6

3. Pasc 2, 8. Adviértase que utilizo la palabra "símbolo" en un sentido amplio, en la línea de Isaac de la Estrella cuando habla de la "teología simbólica" o sensible (Sermón 22, 9)

4. SC 71, 8

Pero no es sólo *Ley*. La Caridad es también en Dios, con referencia a la persona del Espíritu, *firmo Pegamento* que da lugar a la "unidad indivisible del Padre y del Hijo"⁵.

Sin duda los símbolos personales o personificaciones de la Caridad, aunque son más indiscriminados, arrojan más hondamente en el misterio. Bernardo no vacila en decirnos que la Caridad es *Madre*, "Madre de la unidad", de la paz y de todos. Ella, "la Madre Caridad", —Dios Caridad—, es benigna, ama la paz y se alegra en la unidad. Ella genera, liga, consolida y conserva la unidad en el vínculo de la paz⁶. Por lo mismo, *ella* ama a todos como a hijos⁷.

La Caridad es *Madre*. Pero también es *Señora* (y *Señor*) que ha de ser obedecida⁸. Y también es *Reina*, cuya presencia hace presente a Dios, alegra y fortalece en los peligros de la vida⁹.

En definitiva, Dios Caridad es *Padre de misericordia*; en Él es innato tener misericordia y perdonar¹⁰; es Señor misericordioso y clemente¹¹ que quiere que todos los hombres se salven¹². Él nos ama con esa Caridad que es Él mismo. Él, en persona, es Caridad amante¹³.

Y agreguemos inmediatamente que Cristo "es Caridad porque es Dios, y Dios es Caridad"¹⁴. Y Bernardo presenta esta Caridad de Cristo con un símbolo espacial: *la Anchura*. En consecuencia, Dios Caridad es *Anchura* que no aborrece nada de lo que ha hecho; hace salir el sol sobre malos y buenos y acoge en su regazo incluso a los enemigos. Es *Anchura* que se abre a lo infinito, que se extiende infinitamente¹⁵. Este Dios Caridad, que es Cristo, "murió por el amor del perdón"¹⁶.

Este Esposo del alma esposa, "no sólo es amante, es el Amor", pues Dios es Caridad¹⁷. Sólo Él puede colmar a la criatura hecha a imagen

5. SC 8, 2; para el símbolo del pegamento o soldadura ver *Is* 41, 7

6. *Ep* 7, 1

7. *Ep* 2, 1

8. *Ep* 88, 2; cf. *Ep* 14

9. *Par* 1, 7

10. SC 69, 6; Cf. *2Co* 1, 3

11. *Ep* 77, 8 (*Bapt* 8); cf. *Ep* 4, 5; *Sal* 110, 4

12. SC 19, 6; cf. *1Tm* 2, 4

13. *3 Sent* 113 y 93

14. *Ep* 18, 3

15. *Cst* V, 27-28

16. *Sept* 2, 1

17. SC 83, 4

de Dios¹⁸. El alma esposa no puede competir con el amor del Esposo Amor, pero si se entrega por entero, ama con todo su amor¹⁹.

¿Quiénes son estos que aman con todo su amor a Dios y a todos? Aquellos que están más cerca de Dios, que es Caridad, más aman y más unidos están entre sí con excelente soldadura²⁰. Entre ellos ocupan un lugar eminente los Serafines que viven absortos en el ardiente amor de Dios Caridad²¹. Y también el alma de los bienaventurados en el cielo, entre ellos los monjes Gerardo y Humberto que unidos a la Caridad que es Dios, son más misericordiosos, caritativos y benévolos²².

Pero hay alguien que sobresale por encima de todos. Aquella que atravesada por el amor de Cristo y respondiendo con todo su amor llegó a ser "Madre de la Caridad, cuyo Padre es Dios Caridad"²³. En efecto: las entrañas de María quedaron impregnadas de caridad al reposar en ellas corporalmente durante nueve meses, Dios que es Caridad²⁴.

Lo más llamativo de lo que llevamos dicho es esto: la mayoría de los símbolos empleados por Bernardo en referencia a Dios Caridad son de género femenino. Entre todos estos símbolos el más pleno de sentido es el de *Mater Caritas*. Y lo que más destaca de la Caridad, que es Dios, es su capacidad de unir a todos con el vínculo de la paz. Por eso, lo que más se opone a Dios Caridad es: la "voluntad propia o no común"²⁵, la ruptura de la unidad y de la paz²⁶ y la "concorde discordia" y "enemiguísima antistad" de quienes difaman a sus prójimos²⁷.

-La Fuente de la vida es la Caridad

Dios es Caridad, y la Caridad es la *Fuente de la vida*. El que no bebe de esta fuente no podrá vivir; para poder beber hay que estar presente y estar presente es amar²⁸.

18. SC 8, 6; Cf. Gn 1, 27. Para otros efectos del pegamento o soldadura ver SC 71, 7; Div 4, 3; Ep 142, 2; 253, 10

19. SC 83, 6

20. *Ded* 1, 7

21. SC 19, 5

22. SC 25, 5; *Humb* 7

23. SC 29, 8

24. *Asspt* 1, 2

25. *Pasc* 3, 3

26. *Ep* 7, 1; 224, 3

27. SC 24, 3-4

28. *Præ* 60

Dios Caridad: es Fuente. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Fuente y Fuentes²⁹. La Fuente es símbolo de un amor inagotable, de un amor que cuanto más se extrae de él tanto más fluye³⁰. ¿Qué podemos extraer nosotros de esta Fuente para conocer mejor el misterio del amor al prójimo?

El Hijo de Dios vive recostado en el seno del Padre, en la benignidad paterna. Vive inmerso en la fuente de piedad cuya dulzura le es familiar, cuya bondad le es consubstancial³¹. Una vez encarnado, del pecho de este Cristo Salvador brotan cuatro fuentes. La cuarta y principal de ellas es la fuente de la caridad, la fuente del Espíritu, que es Caridad. De esta fuente bebemos las aguas de los deseos, que se dividen en dos riachuelos, el del amor a Dios por sí mismo, y el del amor al prójimo en Dios y por Dios como a uno mismo³².

Cristo nos lava en su fuente bautismal de caridad, que es asimismo fuente de inagotable misericordia³³. Los justos desean beber siempre como ciervos sedientos de esta fuente para deleitarse en la plenitud de la caridad³⁴.

Los santos en el cielo, rebosan de misericordia entrañable, porque "viven en la fuente misma de la misericordia"; conocen mejor nuestras miserias e interceden con más interés por nosotros. "Son incapaces de padecer, pero no de compadecerse"³⁵. El amigo y arzobispo Malaquías es ejemplo elocuente de esta misericordiosa caridad³⁶; en el himno que Bernardo compuso para su fiesta, cantó: "Que nunca, rotos ya los vínculos mortales, amortigüe su manar esta fuente de piedad. Que nunca, el dichoso desprecie a los miserables, el padre a los huérfanos"³⁷.

Pero no sólo desde el cielo, también aquí y ahora pueden brotar en "la purísima y cristalina fuente del pecho limpidísimas aguas" de pensamientos de misericordia y de solicitud por la caridad del espíritu en el vínculo de la paz. El abad de Aucnin, Albiso, da testimonio de ello³⁸.

29. *NatBMV* 3; *VNat* 4, 9

30. *VNat* 4, 1

31. *SC* 42, 10

32. *Div* 96, 1, 5-6; cf. *Div* 117; *Ep* 341, 2. Para el trasfondo bíblico ver *Is* 12, 3 y *Jn* 7, 37-39; habría también que agregar *Jn* 4, 14 y el *Sal* 12, 3

33. *Nat* 1, 5; cf. *SC* 44, 1. 7

34. *Ep* 18, 2

35. *VPP* 2

36. *Ep* 374, 2

37. *MalH*: Absit ab illo fonte pietatis, / Sorte levata, segnius manare; / Absit ut spernat miseris beatus, / Orphanos pater.

38. *Ep* 65, 2; cf. *Ep* 437. Para el trasfondo ver *Mt* 5, 7; 9, 13; *Ef* 4, 3

No obstante; hay una gran diferencia entre la fuente divina y la nuestra. Dios es Fuente siempre llena "en sí mismo y de sí mismo" que desborda inundando todo de su misericordia. Nosotros, más que fuente somos concha, hemos de llenarnos primero para luego comunicar³⁹.

La esposa que ama con toda su entrega de amor sabe bien que no fluye con igual abundancia "el sediento como la Fuente"⁴⁰. Y sabe algo más: existe un "viento abrasador que seca para sí la fuente de la piedad, el rocío de la misericordia y el arroyo de la gracia"; este viento es "el pésimo y abominable vicio de la ingratitud" ante la misericordia salvadora de Dios⁴¹.

María, llena de gracia, sobreabunda en misericordia, es Madre de misericordia y fuente de piedad, de la que sólo mana piedad. La virtud de la piedad quedó impresa en sus entrañas pues en ellas reposó nueve meses⁴². Pero es algo más aún, es un acueducto que recibe la plenitud de la fuente que brota del corazón del Padre, por eso su caridad es sobreeminente. Apoyémonos en Ella para agradecer a Dios y hagamos que estos caudales de gracia retornen a su manantial por su intermedio y vuelvan a brotar más abundantes⁴³.

La Caridad, lo hemos visto, es Madre unitiva. Y es también, lo estamos viendo, Fuente de insondable misericordia. Gran cosa es el amor, con tal que se vacíe en su Fuente y en ella recupere siempre su copioso caudal⁴⁴.

-Él nos amó primero

Porque Dios es Caridad y Fuente original de la misma, precisamente por esto: Dios nos ama primero. Una vez más es Juan quien aporta a Bernardo una palabra para apoyar su vida y expresar su pensamiento⁴⁵.

Esta primacía del amor de Dios es el primerísimo motivo que le hace acreedor de nuestro amor. Bien merece que le devolvamos amor, tanto más si consideramos quién ama, a quiénes ama y cuánto ama.

39. SC 18, 4

40. SC 83, 6

41. SC 51, 6; 11, 7

42. pEpi 2, 4; 1, 2; cf. Asspt 4, 9

43. Nat 4, 13.18

44. SC 83,-4; cf. 13, 1

45. J/n 4, 10.19 es citado al menos una docena de veces en la obra de San Bernardo.

¿A quiénes y cuánto ama? Bernardo, a coro con Pablo y Juan, nos responde: a los enemigos y a los impíos, entregando a su Hijo y dando éste su vida para hacernos amigos⁴⁶. Y, actuando como solista, San Bernardo agrega: "Él, tan excelso, tan abundante y gratuitamente, a nosotros, tan poquita cosa y tal cual somos"⁴⁷.

¿Quién es el que así ama? La majestad y suma Omnipotencia; el Justo, la Caridad verdadera que ama con pureza y gratis. Aquél que no tiene ninguna necesidad de mis bienes y no busca su propio interés⁴⁸. Volveremos sobre esto pues es ejemplar y programático para nuestro amor.

El que así nos ama es Cristo. Él no murió por su propio interés, ni por necesitar nuestros bienes, ni para recompensar un favor, pues nadie le ha prestado primero para que Él devuelva (cf. *Rm* 11, 35). Él murió para transformar en amigos a los enemigos y para dar existencia a los inexistentes: en Él fuimos elegidos y agraciados antes de la creación del mundo (cf. *Ef* 1, 3-4, 6). En esto precisamente consiste la gracia: no en que nosotros amáramos a Dios sino en que Él nos amó primero⁴⁹.

Como podemos fácilmente ver, el Esposo amante tiene siempre la primacía en el amor. Él llama amiga a la esposa después de liberarla, pero "Él ya era su amigo antes de liberarla, de lo contrario nunca habría liberado a quien no había amado"⁵⁰. La esposa es para el Amado, porque éste ha sido primero para ella; todo es gracia, lo primero y lo segundo por eso nada se atribuye a los méritos⁵¹. La esposa busca al amor de su alma pues a ello es invitada por la benignidad de aquel que antes la buscó y amó⁵². El amor y deseo del Esposo crea nuestro deseo⁵³, Él hace que le amemos y se hace amable⁵⁴, los amados amamos⁵⁵ y quien ama no duda que es amado⁵⁶; Él ama para que lo amemos pues ese amar hace felices a los amantes⁵⁷.

46. *Rm* 5, 6-7.10; 8, 32; *Jn* 3, 16; 15, 13; textos citados en *Dil* 1

47. *Dil* 16

48. *Dil* 1, citando el *Sal* 15, 2 y *ICo* 15, 3

49. *QH* 9, 3; *SC* 20, 2. Ver el texto recapitulador de *3 Sent* 113

50. *SC* 39, 10, citando *Ct* 1, 8

51. *SC* 67, 10, citando *Ct* 6, 2

52. *SC* 84, 5, citando *Ct* 3, 1; cf. *Asspt* 4, 2

53. *SC* 57, 6; cf. 69, 7

54. *Dil* 22

55. *Ep* 107, 8; cf. 79, 6; 83, 6

56. *Ibid.*; cf. *SC* 69, 8; 84, 6

57. *SC* 83, 4

Y, ¿qué decir de Aquella que cantó un canto que "comienza por la misericordia, termina con la misericordia y todo gira en torno a la misericordia"? Esta humilde esclava, que vivió su servidumbre con devota entrega, no se hubiera atrevido a levantar sus ojos hacia el Señor si primero Él no se hubiera dignado mirarla de un modo particular con su misericordia⁵⁸. Sólo Ella halló una gracia total ante Dios. Total, por ser a la vez singular y universal: fue la única en hallar gracia plena y todos recibimos de su plenitud⁵⁹.

Y, ¿qué nos enseña a nosotros esta primacía del amor de Dios? Nos enseña a tener misericordia de nuestra propia alma, pues esto vale mucho en el corazón del Padre de las misericordias y de los miserables⁶⁰. Y nos enseña también que "el verdadero amor consiste en que sea atendido primero quien más necesita"⁶¹.

Se puede todavía agregar algo más. De todos los textos aducidos se desprende que así como es propio de Dios adelantarse con su amor, así también nosotros hemos de adelantarnos a amar, sin esperar a ser previamente amados por el prójimo.

-La caridad no busca lo suyo

Porque Dios ama primero, y precisamente porque ama primero, su amor es gratuito y desinteresado: no busca nuestros bienes⁶² ni su propio interés.

En numerosas ocasiones Bernardo recurre al himno paulino sobre la caridad y a textos afines para expresar lo más característico de la misma: la caridad no busca lo suyo, sino el interés de Jesucristo y lo que es útil para otros⁶³.

La Ley inmaculada del Señor es Caridad inmaculada que no busca lo que es útil para sí sino para los demás⁶⁴. Es, por lo mismo, luz y pureza⁶⁵.

58. *3 Sent* 127, 11.3

59. *Ann* 4, 8

60. *Ded* 5, 1.4, citando *2Co* 1, 3

61. *SC* 50, 6

62. *Sal* 15, 2

63. *Dil* 1. Bernardo cita 39 veces *1Co* 13, 5; 10 veces *1Co* 10, 33 (cita utilizada por la Regla de San Benito, 72, 7; y 35 veces *Flp* 2, 21

64. *Dil* 35

65. *SC* 63, 8. Para el símbolo de la "luz" referente a Dios, a sus hijos y a la caridad, ver *Ijn* 1, 5-7; 2, 9-11

Para San Bernardo, los "puros de corazón" son aquellos que no buscan su interés propio sino el de Jesucristo, ni lo que es útil para ellos mismos sino para los otros⁶⁶. La "pureza de corazón"; en consecuencia, no es otra cosa que buscar la gloria de Dios y servir al prójimo⁶⁷, agradar a Dios y salvar las almas, aprovechar a otros más que presidirlos⁶⁸.

Así, los hijos de Dios que no buscan lo suyo⁶⁹, aman con la "caridad sincera y verdadera", que procede de un *corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera* (1Tm 1,5). Este amor gratuito, puro y justo caracteriza al tercer grado de amor en el cual se ama a Dios por Dios mismo y no por uno mismo⁷⁰.

Las "Mártas" en los monasterios —es decir quienes se dedican a la administración y están al servicio de los hermanos, los que presiden con diligencia y los que desempeñan diferentes servicios— cumpliendo en sus oficios la voluntad del Señor le están entregando a Él mismo sus propias vidas. En la medida en que no buscan lo suyo propio sino lo de Él y se mueven por caridad fraterna, son "fieles", su "intención es pura" y su actividad está bien ordenada⁷¹.

Bernardo presenta numerosos ejemplos de personas que no buscan su propio interés. Y no lo buscan porque, amando, ya lo poseen⁷². Él mismo sabe por experiencia que su "utilidad no consistirá en buscar el propio provecho sino el de los demás"⁷³. No vacila, pues, en dar testimonio: "La caridad que no busca lo suyo, me ha convencido hace ya tiempo que yo no debo anteponer a vuestra utilidad ninguna afición personal. Orar, leer, escribir, meditar y cualquier otra riqueza espiritual, lo considero como pérdida por vosotros"⁷⁴.

La Virgen Madre, una vez más, ocupa un lugar de honor entre todos los ejemplos y modelos. Ella lo tuvo todo por basura con tal

66. *Conv* 32

67. *Mor* 10 (*Ep* 42, 10)

68. *adAbbat* 6. Bernardo está comentando 1Tm 1, 5. Nótese la referencia a la Regla. Cf. *Div* 45, 5

69. *Dil* 34; cf. *Div* 3, 1; 3 *Sent* 92

70. *Dil* 26

71. *Asspt* 3, 4-6

72. SC 18, 3; cf. *MalV praef.*; la lista de las personas ejemplares incluye a: Moisés, Pedro y Pablo, Gerardo de Claraval, Elredo de Rieval y compañeros legados, el mismo Bernardo, el Obispo Esteban, los buscadores de Dios, quienes ejercitan bien la autoridad...

73. SC 52, 7

74. SC 51, 3

de ganar a Cristo, y se unió y adhirió a Él con una "concordia de voluntad" tal que de su carne tomó carne el Hijo de Dios⁷⁵. Se hizo, además, con "inagotable caridad", "toda para todos" y deudora de todos⁷⁶.

Pero lamentablemente, la "gran mayoría" de los hombres buscan sus intereses⁷⁷. Entre estos no faltan cristianos⁷⁸, muchos ministros de la Iglesia⁷⁹ y, lo que es peor aún, monjes⁸⁰. Y habría todavía que agregar a los ambiciosos⁸¹, aduladores⁸², murmuradores⁸³ y a otros que Bernardo menciona con nombre y apellido⁸⁴. La lista se completa con aquellos que, en circunstancias dadas, ofrecen consejos diferentes a los del propio Bernardo⁸⁵.

Todos estos buscadores de sí mismos desconocen y no pueden discernir la voluntad del Señor pues no han recibido la sabiduría que viene de Dios⁸⁶. Están presos en su "propia voluntad", la cual sólo quiere el provecho personal y la satisfacción de las propias ambiciones, se niegan a dar gloria a Dios y a ser útiles a los hermanos⁸⁷.

Lo peor es que cuando esta voluntad se obstina y transforma en "obstinación", impide absolutamente acercarnos a los otros con amor. Sólo podrá sanarse con ese amor que no busca lo propio⁸⁸. A fin de no quedar aplastados bajo ese horrible yugo que pone nuestra vida al borde del infierno, oremos al Señor:

Señor, Dios mío, ¿por qué no perdonas mi pecado y borras mi culpa? Haz que arroje de mí el peso abrumador de la voluntad propia y respire con la carga ligera de la caridad. Que no me obligue el temor servil ni me consuma la codicia del mercenario, sino que sea tu Espíritu quien me mueva. El Espíritu de libertad que mueve a tus hijos, dé testimonio a mi espíritu que soy uno de ellos, que tengo la misma ley que tú y que soy en este mundo un imitador tuyo⁸⁹.

75. *Miss* 3, 3-4

76. *OAsspt* 2, citando *1Co* 9, 22 y *Rm* 1, 14

77. *Dil* 6

78. *QH* 6, 7; cf. *VNat* 6, 8; *Div* 3, 9; 3 *Sent* 122; *Par* 4, 5

79. *QH* 14, 5; cf. *SC* 33, 15; *MaIV* *prae.*

80. *SC* 84, 4; cf. 3 *Sent* 31

81. *Cst* III, 5

82. *Ep* 185, 4

83. *SC* 24, 2

84. *Ep* 4, 2; 108, 3; 126, 3; 339; 431, 2

85. *Ep* 244, 3; ver también: *Ep* 3; 22; 68, 4; 72, 5; 82, 1; 169; 238, 2; 368, 2; 397, 3

86. *Nat* 1, 5. Para el trasfondo bíblico ver *St* 3, 17 y *Rm* 12, 2

87. *Pasc* 3, 3

88. *Asspt* 5, 13

89. *Dil* 36

-La caridad es múltiple y ordenada

La caridad o amor es una, pero sus expresiones son múltiples, y como estas expresiones se hallan muchas veces desordenadas, se impone ordenarlas.

En dos oportunidades⁹⁰, San Bernardo compara al amor con los sentidos del cuerpo. Así como hay cinco sentidos corporales, así también hay cinco formas de amor que han de vivirse evangélicamente según una jerarquía de dignidad. En consecuencia, podemos hablar de:

- Tacto: Amor entrañable (pius) o carnal (carnalis) a los padres.
- Gusto: Amor gozoso (iucundus) o social (socialis) a los compañeros (socios).
- Olfato: Amor legítimo (iustus), general o natural (naturalis) a todos los hombres..
- Oído: Amor costoso (violentus) o espiritual (spiritualis) a los enemigos.
- Vista: Amor santo, ferviente (devotus) o divino a Dios.

Notemos enseguida que, así como los miembros del cuerpo mueren si no los vivifica el alma, de igual manera perecen estas formas de amor si quedan privadas del "Alma espiritual de la misma alma", que es Dios⁹¹. Sin Él, el amor no merece el nombre de amor, ya sea porque no se amará íntegramente lo que se ha de amar, o porque no se amará cuánto y cómo se debe amar⁹².

Si amamos según las cinco formas de amor renovamos nuestro espíritu, podemos así conocer lo bueno, lo agradable y lo perfecto que Dios quiere, y podemos sentir la bondad del Señor, sentir según los sentimientos de Cristo Jesús. Es decir, mediante los cinco sentidos del espíritu, la caridad vivifica al alma y la renueva en el conocimiento de Dios⁹³.

Queda entonces claro que el amor de Dios y a Dios tiene una prioridad absoluta e incluyente de toda expresión de amor. Él es caridad, es Fuente de la misma, ama primero gratuitamente y creando nuestro amor, ama para que le amemos y seamos felices en el amor. Él es causa eficiente y final de nuestro amor⁹⁴.

90. Div 10; 3 Sent 73

91. Div 10, l. 4

92. *Ibid.*

93. 3 Sent 73, citando Rm 12, 2; Sb 1, 1; Flp 2, 5

94. Dil 22

Pero podemos preguntarnos: ¿precede el amor a Dios en el tiempo, al amor del prójimo? El tema es causa de disputa. Por un lado parece que no se puede amar al prójimo por Dios si antes no se ama a Dios; pero, por otro lado, está escrito: *el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve?* (1Jn 4, 20). A esta pregunta de sabor más escolástico que monástico, Bernardo le da una respuesta no excenta de precisión escolar: "El amor de Dios puede considerarse en dos modos: incipiente y adulto. Ahora bien, el amor de Dios precede, como incipiente, y va precedido del amor al prójimo para alimentarse de él". O sea: el amor de Dios no puede perfeccionarse si no se nutre y crece mediante el amor al prójimo⁹⁵.

En las páginas que siguen no hablaremos mucho de este amor divino. Tampoco trataremos explícitamente del amor a los padres y del amor a los enemigos. Sobre el primero, Bernardo habla poco, lo da por entendido y admitido, hasta "los animales salvajes" lo viven⁹⁶. Respecto al segundo tiene algo más que decir, no obstante nosotros no pondremos el acento sobre él, y no ciertamente porque falten enemigos o enemistades en nuestro mundo o en nuestras propias vidas. Baste recordar que no los suscita la naturaleza ni la necesidad y que nos hace hijos en el Hijo del Padre que está en los cielos⁹⁷.

Notemos, de paso, que en los dos textos ya mencionados sobre las cinco formas de amor, San Bernardo no habla del amor a sí mismo: ¡si los sentidos corporales fueran seis no lo hubiera omitido! Ya nos encontraremos con él.

En consecuencia, cuando en lo sucesivo hable de amor al prójimo, entenderé preferentemente el *amor social* y el *amor natural*, según la nomenclatura y concepción bernardiana. Caractericemos desde ya y brevemente estos dos sentidos o expresiones de amor. Lo hago dejando de lado la comparación con el sentido del gusto y del olfato, a fin de no entrar en discusión con los conocimientos fisiológicos y anatómicos de Bernardo.

El *amor social* es el amor a los compañeros y hermanos, y es también el amor a la santa Iglesia católica. Este amor social, asocia: ya sea por la convivencia física en un lugar, ya sea por la afinidad de profesiones u oficios, sea por la igualdad de los intereses o por

95. 1 Sent 21

96. Div 10, 2

97. 3 Sent 73

otros motivos de este tipo. Se alimenta con servicios mutuos y se inflama con afectos de caridad fraterna. De él se dice: *Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es vivir los hermanos en mutua unión*. Bernardo lo considera tan necesario para la vida humana que no vacila en afirmar: "No comprendo que vida tiene, al menos en nuestra vida comunitaria, el que no ama a aquellos con quienes convive"⁹⁸.

El *amor natural* se refiere al amor innato hacia todo hombre por la semejanza y el consorcio en la misma naturaleza y sin esperanza de recompensa. No se limita a la consanguinidad, ni por el compañerismo o amistad, ni por ninguna necesidad de este estilo. Sólo considera el respeto de la humanidad connatural. Este amor, que procede de lo más recóndito de la naturaleza, penetra en el alma y no sufre que algo humano le sea extraño"⁹⁹.

Terminemos diciendo que no es fácil encontrar hombres o mujeres que amen con un amor ordenado. "Qué amen a Dios con todo su ser; a sí mismos y al prójimo, en cuanto aman a Dios; a sus enemigos, porque algún día quizá los amen; a sus padres carnales con intenso amor natural, y a los espirituales y maestros más profusamente por la gracia"¹⁰⁰. No, no es nada fácil, por eso nos conviene rogar:

¡Oh Sabiduría, que alcanzas con vigor de extremo a extremo, gobiernas el universo con acierto, ordenas todos los seres con suavidad y coordinas todos sus afectos! Dirige nuestras obras como lo exige nuestra necesidad temporal y regula todos nuestros afectos, tal como lo requiere la vida eterna, para que todos nosotros podamos gloriarnos en ti y decir seguros: *Ha ordenado en mí el amor*¹⁰¹.

Antes de seguir adelante, deseo puntualizar las afirmaciones claves contenidas en los cinco temas arriba expuestos. Son las siguientes:

- Dios Caridad es Padre misericordioso y Madre que une.
- El Espíritu Caridad es Pegamento unitivo.
- Cristo Caridad es Anchura infinitamente extendida que acoge y hace el bien a todos.
- María es Madre de la Caridad cuyo Padre es Dios Caridad.

98. *Div 10, 2; 3 Sent 73*, citando el *Sal 132*. Ver *SC 26, 10*: "No es algo inútil la vida social o común (...) el dolor mutuo de los separados delata lo que supone el amor entre los presentes" (cf. *Ep 143, 3*)

99. *3 Sent 73*. Para la "ley natural de toda sociedad" ver: *Div 16, 3*; cf. *Div 50, 3*

100. *SC 50, 8*; cf. *Gra 17; 3 Sent 76*

101. *SC 50, 8*, citando *Ct 2, 4*

- Nuestra voluntad propia y discordias destruyen la unidad y paz que nos da Dios Caridad.
- Dios Caridad, Padre, Hijo y Espíritu, es Fuente y son Fuentes de inagotable misericordia.
- El pecho de Cristo Salvador es Fuente de aguas de amor a Dios y al prójimo
- Cristo nos lava y abreva en la fuente bautismal de su infinita caridad y misericordia.
- María es fuente de misericordia y acueducto que recibe la plenitud de la Fuente del corazón del Padre.
- Nosotros, más que fuentes, somos conchas, si no nos llenamos primero no tenemos nada que comunicar.
- Dios nos ama primero porque es Caridad y fuente original de misericordia.
- Dios nos ama entregando a su Hijo, lo entrega a los enemigos para hacerlos amigos.
- El amor de Dios Esposo crea nuestro amor para que amemos y seamos felices en el amor.
- María fue la primera y particularmente mirada por la misericordia de Dios, por eso cantó como nadie las misericordias divinas.
- Nosotros, de Dios que ama primero, aprendemos a tener ante todo misericordia de nosotros mismos, a atender primero a quién más necesita y a adelantarnos en el amar.
- El amor de Dios en Cristo, por ser primero, es verdadero y puro, desinteresado y gratuito.
- La Ley inmaculada del amor es inmaculada y es luz porque no busca lo útil para sí sino para los demás.
- Los puros de corazón sólo buscan la gloria y el contento de Dios, y el servicio, utilidad y salvación de los prójimos.
- Los que sirven desinteresadamente sirven por amor y en este servicio se entregan y aman al Señor.
- Entre los modelos de amor desinteresado sobresale María que le entregó incluso su carne al Hijo de Dios y se hizo toda para todos.
- La gran mayoría de nosotros buscamos, hasta con obstinación, nuestro propio interés y esto nos impide acercarnos con amor a los otros.
- El amor es uno pero sus expresiones son múltiples y éstas se han de vivir con orden.
- El amor a Dios y de Dios tiene la prioridad absoluta e incluye en sí toda expresión de amor permitiéndole ser tal.

- El amor al prójimo nutre y perfecciona al amor precedente pero incipiente a Dios.
- El amor social es amor a los compañeros y hermanos, asocia a los hombres por diversos motivos, se alimenta con servicios y es fuente de gusto y dulzura.
- El amor natural es innato y no tiene otro límite que el consorcio en la naturaleza humana, no excluye a nadie, ni siquiera a uno mismo.
- La Sabiduría divina nos hace sabios ordenando nuestro amor según lo requiere la vida eterna.

II. Textos claves

Teniendo como fundamento o telón de fondo el contexto doctrinal recién esbozado, intentaré presentar ahora varios textos de San Bernardo sobre el amor al prójimo. Los agrupo en tres grandes núcleos: *el precepto del Señor, la bienaventuranza de la misericordia, y la escuela de caridad*. El precepto y la bienaventuranza se refieren a todo hombre; la escuela —aunque nosotros no excluyamos hoy otras posibles— es para Bernardo propia de los monjes. Considero que estos textos nos permitirán establecer los pilares o rasgos estructurantes de la doctrina bernardiana.

A. El precepto del Señor

Bernardo se refiere con frecuencia al mandamiento del Señor sobre el amor al prójimo; y lo hace utilizando las mismas palabras evangélicas de Jesús o con palabras tomadas de la tradición apostólica. Veamos algunos de estos textos.

1. Amor social

El tratado sobre el amor de Dios, por su mismo género literario, es una pieza clave en todo lo referente al amor. A partir del párrafo 23, habiendo hablado de la perfección de nuestro amor, Bernardo comienza a exponer el origen del mismo. Es en esta perspectiva en la que desarrolla el tema de los grados del amor. Nos interesa ahora el primero de los mismos y su comunitaria extensión.

El amor es uno de los cuatro afectos naturales, es decir, procede de la naturaleza. Siendo así, lo más justo sería que primero se ponga al servicio del Autor de la naturaleza. Es esto lo que recuerda el principal y primer mandamiento. Pero como la naturaleza es más frágil y enferma, por fuerza de necesidad, se ama primero a sí misma. Este amor, por el cual el hombre se ama a sí mismo antes que a ninguna otra cosa, Bernardo lo denomina "amor carnal". Siendo un amor innato no precisa la ayuda o el apremio de ningún mandamiento¹⁰².

Pero este amor no se contenta con lo necesario en el orden de las necesidades físicas, fisiológicas, afectivas y personales¹⁰³ y se derrama en lo superfluo. El "placer es lo que lleva al hombre a desbordarse en la superfluidad". Y es precisamente aquí en donde interviene el precepto del Señor: amarás al prójimo como a ti mismo¹⁰⁴.

De hecho, nada más justo que el "consorte en la naturaleza" participe de la gracia que viene con la naturaleza¹⁰⁵. Y para que esto sea posible, tanto la vida como la disciplina imponen el freno de la templanza. Es a todas luces más justo y honesto compartir los bienes naturales con el prójimo que con el enemigo del alma, es decir: los deseos de placeres¹⁰⁶.

Pero hay que agregar todavía dos cosas más. ¿Qué hacer si por compartir bienes con el prójimo nos llega a faltar lo necesario? La respuesta de Bernardo es en este caso rotunda: ¡confiar en la Providencia divina! Dios nunca jamás dejará sin lo necesario a quien se priva de lo superfluo por amor al prójimo¹⁰⁷. En esto consiste buscar la justicia del Reino que permite recibir lo demás por añadidura¹⁰⁸.

102. *Dil 23*. En *Div 10* y *3 Sent 73* Bernardo denomina así al amor hacia los padres. Pero su uso aquí se justifica, pues el amor carnal se refiere a lo más cercano según la carne, y nadie más cercano que uno mismo. Este amor a sí mismo es positivo si se abre a los otros, y es negativo si se encierra en sí mismo: querer satisfacer el deseo absoluto del amor en uno mismo es suicidio narcisista.
103. Por "carnal" entiendo, en la línea bíblica: carne o cuerpo viviente y fragilidad; es decir: todo el hombre en cuanto necesitado. El amor carnal tiene una primacía de necesidad y no de valor respecto al amor de Dios (cf. *SC 50*, 5-6, sobre el orden inverso o la verdad del amor).
104. *Dil 23*, citando *Mt 22*, 39
105. Nótese que la naturaleza incluye también la gracia de creación que hace al hombre "capaz de Dios" (*Sc 80*, 2). Y, en definitiva, nada más justo que compartir a Dios como Padre teniendo a todo hombre como hermano. Quien así comparte, todo comparte.
106. *Dil 23*, citando *Si 18*, 30; *45*, 6; *1P 2*, 11
107. *Ibid.* Este amor social corresponde al "amor natural", general o justo de *3 Sent 73* y *Div 10*.
108. *Dil 24*, citando *Lc 12*, 31

¿Podemos ya decir sin más que este amor al prójimo, equiparado a la justicia, es perfecto? No; sólo alcanza su perfección cuando nace de Dios y Él es su causa, o sea, para amar con pureza al prójimo hay que amarlo en Dios y para esto hay que amar primero a Dios. ¿Por qué? Porque si no se reconoce al Creador y conservador de la naturaleza, al Benefactor de todos los bienes, se corre el inevitable riesgo de arrogarse con soberbia los beneficios recibidos como propios e individuales; cuando esto sucede, no se compartirá nada con el prójimo, o se compartirá por indulgente condescendencia, lo que se debe compartir por amorosa justicia¹⁰⁹.

En consecuencia, el amor a Dios precede en cuanto incipiente, el amor al prójimo lo nutre, y el amor a Dios por Dios hace grato y gratuito el amor al prójimo...¹¹⁰.

Es fácil ver que el amor al prójimo del cual Bernardo está aquí hablando consiste en hacer el bien a los demás, atendiendo a sus necesidades y compartiendo los bienes. Es decir, un amor con obras y de verdad¹¹¹.

La actualidad de esta doctrina, en un mundo materialista y consumista, hedonista y egoísta como el nuestro, se impone sin necesidad de pregoneros ni de ideólogos de cafetín o revolucionarios de salón.

2. Herencia compartida

El segundo texto que ahora presento es breve. Se trata del *sermón 103 de diversis*. Se refiere a cuatro grados en el progreso de los elegidos. Estos cuatro grados se desarrollan así: hacerse amigo de la propia alma, de la justicia, de la sabiduría, y llegar finalmente a ser sabio. De estos grados nos importa ahora el primero, sin olvidar que el cuarto y último consiste en la mutua complacencia con Dios y el descanso en Él¹¹².

El primer grado cumple el precepto divino: *amarás al prójimo como a ti mismo*. Pero para poder cumplirlo es necesario haber pasado

109. *Dil* 25

110. *Dil* 26; cf. *Div* 96, 6 "El amor al prójimo lo practicamos también de tres maneras: sembrando la caridad donde no existe; estimulándola donde existe, e impidiendo que muera o disminuya. El que practica este amor al prójimo con pureza, crecerá indudablemente en el amor de Dios". Ver también 1 *Sent* 21.

111. Para este amor efectivo ver *SC* 50, 2-5. Notar que el precepto del Señor se refiere explícitamente a las obras, y que este amor efectivo incluye afecto.

112. *Div* 103, 1.4

ya de la carne a la guía del Espíritu. Mas, ¿en qué consiste el amor a sí mismo? Consiste en "evitar cuanto pueda dañar al alma y amar cuanto pueda agradarla"; esto trae aparejado: "horror al infierno y ansias del cielo"¹¹³. Y, en consecuencia, ¿qué es el amor al prójimo? Ama a su prójimo quien: "no le desea ningún sufrimiento, como tampoco lo quiere para sí; y le desea la posesión del cielo como la quiere para sí mismo". De hecho, nada más razonable que esto, pues: "¿Qué gana el hombre con que su prójimo arda en el infierno? o ¿qué pierde si le acompaña en el paraíso? La herencia del paraíso no es como otras que disminuyen al compartirlas muchos"¹¹⁴.

En realidad, todo se reduce a poder seguir, con la ayuda del Espíritu, el prudente consejo que dice: *compadécete de ti mismo agradando a Dios* (Si 30, 24). El que así ama, amará a su prójimo; pues, precisamente, esto agrada a Dios¹¹⁵.

Si el texto precedente ponía el acento en compartir bienes materiales, este otro subraya la importancia de compartir además —aquí y allí, en el tiempo y en la eternidad— bienes espirituales. De esta manera queda anulado cualquier "horizontalismo" que cifre su esperanza en lo temporal e intramundano sin apertura a lo trascendente y eterno.

3. *Anchura del alma*

Pasamos ahora al primer sermón sobre el *Cantar* que Bernardo compuso luego del paso al cielo de su hermano Gerardo. Comenta las palabras de la esposa: *soy hermosa como las tiendas de Salomón*¹¹⁶. El comentario se desarrolla mediante una rica simbología uránica basada en textos bíblicos sobre tiendas y cielos. Llegamos así a las almas santas que, por su imitación del *Hombre celestial*, pueden llamarse *cielos*¹¹⁷.

El hombre virtuoso es, pues, cielo y sus virtudes son estrellas. Es también "trono de la sabiduría" y, en consecuencia, Cristo mora gustosamente en él. Pero, ¿cómo preparar este cielo interior idóneo para esta Gloria y suficiente para esta Majestad?¹¹⁸.

113. *Div* 103, 1

114. *Ibid.*

115. *Div* 103, 1. Para otros textos sobre la relación entre el amor a sí mismo y al prójimo ver: *Quad* 5, 1; *Ep* 8, 1; 42, 9-13 (*Mor* 9, 13); 87; 440.

116. *SC* 27, 1-2, citando *Ct* 1, 4

117. *SC* 27, 7-8, citando *1Co* 15, 48

118. *SC* 27, 8-9, citando *Pr* 12, 23 (*LXX*); *Jn* 14, 23; *Sal* 21, 4; *Ef* 3, 17; *Sal* 131, 14.

Es ante todo necesario que el Señor, derrame la "unción de la misericordia" y el alma se extienda como una piel empapada de aceite; así, con el corazón dilatado, correremos por el camino de los mandamientos¹¹⁹.

Pero si el alma no se vacía de todo mal y mundanidad no podrá crecer y dilatarse hasta actualizar su "capacidad de Dios". Esta "anchura" se la da el amor, según la exhortación paulina que retraduce el precepto del Señor: *dilatáos en la caridad*. El alma crece y se extiende espiritualmente, su magnitud se mide por el amor que tiene¹²⁰.

La dilatación del alma por el amor comienza simplemente con el amor a quienes la aman. Cumple así, al menos, con ese amor "social" básico que consiste en "dar y recibir". Pero un alma así no es amplia ni grande, sino estrecha y ruín¹²¹.

Si el alma crece podrá alcanzar las amplias fronteras de la "bondad gratuita con toda libertad de espíritu", que abraza en el "regazo de su buena voluntad" a todos los prójimos, amándolos como a sí misma. El "seno de su caridad" se ha ampliado así mucho, abraza a todos, ama a los desconocidos de quienes nada recibirá y a quienes nada debe, excepto la deuda del mutuo amor¹²².

Pero todavía puede el alma extenderse más y hacer violencia al reino de la caridad ocupando hasta sus últimos reductos. Para esto ha de abrir las "entrañas de piedad" a sus enemigos, hacer el bien a quienes la odian, rogar por sus perseguidores y calumniadores, y procurar hacer la paz con quienes la rechazan. De este modo, la anchura y altura del cielo serán la anchura y altura del alma. Y en este cielo de maravillosa anchura, altura y belleza se dignará habitar y pasear con comodidad el Sumo, Inmenso y Glorioso¹²³.

¿Qué nos enseña este precioso texto? Sin gracia, despojo y esfuerzo virtuoso no hay dilatación del amor. ¡Los seres humanos valemos según cuanto amamos!

119. SC 27, 9, citando el *Sal* 118, 32

120. SC 27, 9-10

121. SC 27, 10; cf. *Flp* 4, 15

122. SC 27, 11, citando *Mt* 19, 9; cf. *Rm* 13, 8. El párrafo se refiere al "amor natural", justo o general.

123. *Ibid.*, para trasfondo bíblico ver: *Mt* 5, 44; 11, 12; *1Jn* 3, 17; *Sal* 119, 7.

4. Humanización y deshumanización

Expongo finalmente el sermón 44 sobre el *Cantar* que también se refiere al precepto del amor al prójimo como a uno mismo. La abundancia de símbolos puede despistarnos, pero el mensaje de fondo es claro y atrayente.

Bernardo va a comentar las palabras de la esposa: *Racimo de Chipre es mi amado para mí en las viñas de Engaddí* (Ct 1, 13). En una primera parte de su sermón expone los sentidos del racimo y de las viñas (1-3); y en una segunda, más larga, interpreta el sentido del aceite (4-7), para concluir con el sentido del vino y la unión de éste con lo precedente (8).

Nos interesa ahora la interpretación de la rica simbología oleaginosa, más concretamente, el símbolo del aceite y del bálsamo en referencia al amor al prójimo.

El amor al prójimo hunde sus raíces en el mandato de la Ley: *amarás al prójimo como a ti mismo*. En efecto, el amor fraterno primordial brota de los afectos humanos más íntimos y de cierta dulzura natural, inserta en el hombre para consigo mismo¹²⁴.

Este amor al prójimo produce el fruto de la piedad o compasión, absorbiendo su vigor de la humedad substancial de la propia tierra y recibiendo la inspiración de la gracia de lo alto. De este modo, el hombre considera que no ha de negar al consorte en la naturaleza lo que su propia alma naturalmente apetece; y esto lo hará siempre que pueda y sea oportuno, como por un "derecho de humanidad"; e incluso lo hará gustosa y espontáneamente. Es que existe en la naturaleza humana, a no ser que la envejezca el pecado, un jugo de grata y singular suavidad o mansedumbre; de acá que el hombre se sienta más bien blando para compadecerse, que no duro para indignarse contra el pecador¹²⁵.

Pero la suavidad de este unguento se echó a perder por el pecado del hombre y la naturaleza por sí misma no puede recuperarlo. Por eso el hombre quiere poseer él solo lo que se posee más dulcemente en común: "lo que puesto en común no disminuye, al repartirlo mengua, porque se posee a solas". Queriendo satisfacer los deseos a solas, "nos privamos de la singular dulzura del bien social y común", "la preocupación e inquietudes anulan el suave encanto de la gracia

124. SC 44, 4

125. *Ibid.*, en el trasfondo está Ga 6, 1; cf. SC 44, 2

social", el corazón ha quedado reseco, se desprecia a todos menos a uno mismo, se "está vacío de amor". ¡La mosca muerta echó a perder la suavidad del ungüento; las meretrices hicieron derrochar la herencia común! ¿Qué simbolizan la mosca y las meretrices? Las concupiscencias carnales¹²⁶.

De este modo, estando la naturaleza humana más inclinada hacia la indignación que hacia la compasión, "el hombre se despoja del hombre, y cuando lo necesita quiere que le ayuden los hombres, pero él no asiste a los demás cuando lo han menester". El hombre pecador juzga y desprecia a los demás hombres pecadores, pero no entra en sí mismo para comprobar su situación. La naturaleza humana no puede remediar por sí misma esta situación, no puede recuperar por sí misma el "aceite de la mansedumbre ingénita", irremediablemente perdido. Pero lo que no es posible para la naturaleza puede conseguirlo la gracia. Cuando el Espíritu se compadece de un hombre y lo baña de nuevo con la benignidad, este hombre "vuelve a ser inmediatamente hombre", y recibe aún bienes superiores¹²⁷.

En la fuente bautismal el cabrito se convierte en cordero gracias a la copiosa unción de la misericordia. Lo que aquí se recibe no es sólo aceite, sino bálsamo: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia*. Así, el hombre vuelve a ser hombre:

- Depone la ferocidad del espíritu mundano.
- Recupera más abundantemente la gracia de la unción de la humana mansedumbre.
- Asume, desde su humanidad, el motivo y el estilo de la compasión hacia los otros.
- Siente horror, como ante un cruel sacrificio, hacer a otros lo que él no quiere sufrir y no hacer a otros lo que quiere para sí¹²⁸.

Faltaría solo relacionar este aceite de mansedumbre y amor fraterno con el vino del celo del amor divino. Terminaríamos, así, constatando que "el celo de justicia —amor de mi amado para mí— está en los afectos de compasión", al igual que "el Racimo de Chipre (Jesús) es mi amado para mí en las viñas de Engadí (la Iglesia)"¹²⁹.

126. SC 44, 5, para el trasfondo ver: Qo 18, 30; Rm 1, 31; 2Tm 3, 3

127. SC 44, 6

128. SC 44, 7, para el trasfondo bíblico ver Mt 25, 33; Rm 5, 20; Tb 4, 16; Mt 7, 12

129. SC 44, 8. Ver también SC 60, 9-10, "suaves y fervientes"; y Pasc 2, 4-6, afecto de compasión, celo de rectitud y discreción.

Este "ungido sermón" nos regala una valiosa lección. Para ser humano no basta hacer el bien y compartir bienes, es también necesario sentir bien del prójimo siendo dulces y suaves, mansos y misericordiosos con él. Y con esto podemos pasar ya al segundo grupo ó núcleo de textos.

B. La bienaventuranza de la misericordia

La misericordia es para San Bernardo una expresión privilegiada del amor al prójimo. Amarse a sí mismo y al prójimo como a uno mismo es equivalente a tener misericordia de sí, agradando a Dios, y ser misericordioso con los demás. Es esto lo que purifica el corazón para poder ver a Dios¹³⁰.

Y se puede agregar todavía algo más: "Somos transformados a medida que somos conformados (...) Sed misericordiosos, dice, como vuestro Padre es misericordioso. Esta es la forma que Él desea contemplar, cuando dice a la Iglesia: *déjame ver tu rostro: la forma de la piedad y de la mansedumbre*"¹³¹.

Pero, ¿qué es para Bernardo la misericordia? ¿Mero afecto o algo más? Los textos que siguen nos ofrecerán una respuesta.

1. Ungüento de piedad

Sin dejar del todo la simbología oléaginosa, pasamos ahora a la cosmética. Empiezo con el sermón 12 sobre el Cantar. Ya en el sermón 9 Bernardo inició la interpretación de las palabras: *mejores son tus pechos que el sabroso vino, y tu fragancia que los más olorosos ungüentos*. Todo este sermón, y parte del 10¹³², está dedicado a los pechos. En el sermón 10 comienza la exposición sobre los ungüentos: primero el de contrición y luego el de devoción. Y llegamos así al sermón 12 dedicado al mejor de los tres: el ungüento de la piedad.

Dejando de lado la relación entre ellos¹³³, preguntémos tan sólo: qué es este ungüento y, quienes lo poseen y difunden¹³⁴.

El ungüento de la piedad o compasión se elabora con componentes despreciables: las necesidades de los pobres, las ansiedades

130. 3 *Sent* 3; cf. *Quad* 5, 1

131. *SC* 62, 5, citando *Lc* 6, 36 y *Ct* 2, 14

132. *SC* 10, 1-3

133. *SC* 12, 10; cf. 10, 4

134. *SC* 12, 1-5

de los oprimidos, las perturbaciones de los tristes, las culpas de los delincuentes y todo género de miserias, incluidas las de los enemigos.

Pero los componentes por sí mismos no bastan. Es necesario que todas estas miserias sean atravesadas con una mirada de entrañable piedad; es necesario impregnar estos aromas con el bálsamo de la misericordia y cocinarlos con el fuego de la caridad. Sólo así tendremos un unguento digno de los pechos de la esposa y agradable a los sentidos del Esposo; sólo así este unguento tendrá un poder sanativo: *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*¹³⁵.

En efecto, quien posee este unguento —el tercero y el mejor— será feliz. Feliz aquel cuyas manos destilan este licor que expande tan suave olor¹³⁶. ¿Quién es este hombre feliz?

—El que se apiada y presta¹³⁷.

—El que es propenso a la compasión

—El que está siempre pronto para ayudar.

—El que se juzga más dichoso dando que recibiendo¹³⁸.

—El que considera todas las necesidades ajenas como propias.

—El inclinado al perdón, lento a la ira e incapaz de vengarse.

Feliz tú, quienquiera que seas, si estos sentimientos invaden tu alma, empapada por el rocío de la misericordia, henchida de compasión hasta reventar tus entrañas, hecha toda para todos, desechada para sí misma como un cacharro inútil, al encuentro de los demás para socorrerlos inmediatamente en toda circunstancia, y en una palabra, muerta a sí misma y viva para todos¹³⁹. Feliz, sí, feliz, pues las contrariedades no secarán tu unguento, el hervor de la persecución no lo absorberá, y Dios se acordará de todas tus ofrendas y le agradecerá tu sacrificio¹⁴⁰.

¿Es posible conocer el nombre de algunos de estos bienaventurados que poseen y difunden este preciosísimo unguento? Claro que sí:

—Pablo: madre que engendra y alimenta a muchos miembros de Cristo¹⁴¹.

—Job: que perfumó la tierra con sus buenas obras¹⁴².

135. SC 12, 1, citando Mt 5, 7

136. Ct 5, 5

137. Sal 111, 5

138. Hch 20, 35

139. SC 12, 1, citando 1Co 9, 22; Sal 30, 13

140. SC 12, 1, citando Sal 19, 4

141. SC 12, 2; cf. Ga 4, 19

142. SC 12, 3; cf. Jb 29, 15-17; 31

- José: que exhaló su aroma con lágrimas de gracia sobre quienes lo vendieron¹⁴³.
- Samuel: que derretido en su interior por el fuego del amor lloró con piadosos ojos por Saúl¹⁴⁴.
- Moisés: que, al igual que una madre, unguido de misericordia, lleno de afecto paterno, sólo lo hacía feliz, la felicidad de quienes engendró¹⁴⁵.
- David: que con gran benignidad lloró la muerte de quien ansió matarlo...¹⁴⁶.

Todos varones. Sólo uno brilla por sus obras. Dos son entrañablemente maternos. Y tres están afectados hasta las lágrimas.

¿Podemos alargar la lista de los poseedores y difundidores de este unguento? Sí, incluimos a los benévolos, benéficos y humanitarios; a los que están dispuestos a poner en común sus gracias; a los que se consideran deudores de los amigos y enemigos, de los sabios e ignorantes; a los que siendo útiles para todos se mantienen humildes siempre y en todo, amados de Dios y de los hombres¹⁴⁷.

Y tú también, si nos haces gustosamente partícipes del don que has recibido de lo alto a los que convivimos contigo, si entre nosotros te muestras siempre servicial, afectuoso, agradecido, tratable y sencillo (...) Cualquiera de vosotros que no sólo soporta las debilidades físicas y morales de sus hermanos, sino que, además, los ayuda con sus servicios, los conforta con sus palabras, los orienta con sus consejos, o si la disciplina monástica le impide todo esto, no cesa de consolar al débil por lo menos con su oración¹⁴⁸. Este hermano es en el seno de su comunidad como bálsamo en la boca. Se lo señala con el dedo y todos dicen de él: este es el que ama a sus hermanos¹⁴⁹.

Tú también, si te revistes de ternura entrañable, y eres generoso y benigno no sólo con tus padres y familiares, con los que te hicieron el bien o esperas que te lo hagan —eso lo hacen los paganos—, sino que, siguiendo el consejo de Pablo, trabajas por el bien de todos y nunca se te ocurre negarles o retirarles a tus enemigos tu servicio humanitario corporal y espiritual por Dios; tú también, digo, poseerás este unguento¹⁵⁰.

143. SC 12, 4; cf. Gn 42, 7; 43, 30

144. *Ibid.*; cf. 1S 16, 1-2

145. *Ibid.*; cf. Nm 12, 3; Sal 119, 7

146. SC 12, 5; cf. 2R 1, 11-12; 19, 4

147. *Ibid.*, citando Rm 1,16; Si 45,1

148. Para el consejo y la ayuda como un "derecho de fraternidad y sociedad humana" ver: Adv 3, 5

149. SC 12, 5, citando la RB 73, 4; 2M 15, 14

150. SC 12, 7, citando Col 3, 12; Ga 6, 10

En fin, este óptimo unguento se elabora mirando a los miserables, se derrama sobre todo el Cuerpo de Cristo, es propio de la esposa que busca conformarse con la voluntad del Esposo: *Misericordia quiero y no sacrificio*¹⁵¹.

La esposa es la Iglesia y también cada alma en particular porque somos parte de la Iglesia: cada uno participa de lo que juntos poseemos en su plenitud total. Por eso podemos agradecer diciendo:

Te damos gracias, Señor Jesús, porque te has dignado agregarnos a tu amadísima Iglesia, no sólo para ser sus fieles, sino también para unirnos contigo en un abrazo gozoso, casto y eterno, contemplado a cara descubierta tu gloria, de la que gozas en común con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén¹⁵².

Nos habíamos preguntado: qué es este unguento y quiénes lo poseen y difunden. Podemos concluir respondiendo abreviadísimamente: es unguento de misericordia afectiva y efectiva; lo poseen y difunden los bienhechores, benévolos y benignos. Esta misericordia nos une esponsalmente con el Cuerpo de Cristo y con el Esposo mismo.

2. Modelos y Mediadora

El modelo por excelencia de la misericordia humana y cristiana es Cristo, Dios hecho hombre. Él aprendió en el tiempo y por la experiencia, lo que ya sabía desde toda la eternidad. Aprendió y enseñó, con palabras y obras, esa misericordia que es "madre de la miseria"¹⁵³.

A decir verdad, los poseedores y difundidores del unguento de piedad pueden ser también considerados ejemplos de misericordia. No obstante deseo presentar ahora a dos fieles seguidores del Maestro y elocuentes encarnaciones de su misericordia.

El primer modelo es Bernardo en persona. Abrimos la *carta 70 dirigida a Guido*, abad de Tres Fuentes. El tema de la *carta* es este: misericordia ante la miserable situación de un mísero monje. La epístola nos ofrece a la vez enseñanza y ejemplo.

Aunque el monje en cuestión permanezca en su miseria, la misericordia no permanecerá infructuosa para el misericordioso. Y no porque la misericordia nazca de motivos de propia utilidad; todo

151. SC 12, 10, citando Mt 9, 13

152. SC 12, 11

153. Hum12; cf. 7-12

lo contrario, es la miseria y dolor del prójimo los que la infunden en las entrañas. La misericordia es un afecto que no es regulado por la voluntad ni se sujeta a la razón. Ella misma saca de sí a los espíritus piadosos con afecto irresistible moviendo a compasión. Tal es así que, aunque fuese pecado sentir misericordia, por mucho que Bernardo quiera, no podría no compadecerse. La razón y la voluntad pueden impedir el efecto del afecto, pero no erradicar el afecto¹⁵⁴.

Por lo tanto, al igual que San. Bernardo hizo en otra ocasión semejante, Guido ha de poner todos los medios a fin de ganar a este monje, incluida la retractación de lo que pueda haber dicho sobre él ante el consejo de los hermanos; de este modo, la humildad del superior salvará al súbdito. Esta retractación no disgustará al Dios justo y misericordioso, dado que en el juicio la misericordia será sobreexaltada por encima de todo¹⁵⁵.

El segundo modelo —y algo más— es María. Bernardo de Claraval puede hablar de la misericordia, pues tuvo honda experiencia de haber sido misericordiosamente atendido en sus necesidades y miserias¹⁵⁶. Bernardo conoció como pocos a la Madre de la misericordia y fiel reflejo de la anchura y largura, altura y profundidad de la misericordia de Cristo¹⁵⁷.

La caridad de María es tan poderosa y compasiva que se desborda en afecto de compasión y gestos efectivos de ayuda de una manera ilimitada¹⁵⁸. Por eso, no es sólo modelo de misericordia sino también misericordiosa "mediadora hacia el Mediador"¹⁵⁹. Nuestra alma sedienta puede correr hacia esta fuente y nuestra miseria recurrir insistentemente a este cúmulo de misericordia¹⁶⁰. Ella abre a todos el seno de su misericordia para que todos reciban de su plenitud¹⁶¹. Por eso, oremos:

Madre de misericordia, la luna se postra a tus pies, confiada en los sentimientos más puros de tu alma. A ti te dirige sus fervientes plegarias, como mediadora que eres ante el Sol de Justicia. Con tu luz quiere

154. Ep 12 "La verdadera misericordia no juzga sino que provee, no se basa en el análisis, se contenta con la ocasión; no se esperan razonamientos cuando el afecto arrastra".

155. St 2, 13

156. Asspt 4, 8

157. *Ibid.*, en referencia a Et 3, 18

158. *Ibid.*

159. OAsspt 2, cf. PP 1, 1

160. Asspt 4, 9

161. OAsspt 2

llegar a la luz; con tu intercesión desea alcanzar la gracia del Sol. Porque te ha amado más que a ninguna otra criatura, te ha embellecido con las más preciosas galas de gloria, y ha puesto en tu cabeza la más hermosa corona. Sí, estás llena de gracia, empapada del rocío del cielo, apoyada en tu amado y hecha un encanto. Señora: alimenta hoy a tus pobres; que los cachorrillos coman las migajas. Y con el agua de tu inagotable tinaja da de beber al criado de Abrahán y también a los camellos. Porque tú eres aquella doncella elegida y preparada para el Hijo del Altísimo, que es el Dios soberano, bendito por siempre. Amén¹⁶².

3. Bienaventurados los misericordiosos

En los textos arriba presentados estaba presente, explícita o implícitamente, la bienaventuranza de los misericordiosos. Nos detendremos ahora en ella. El *tratado a los clérigos sobre la conversión*, nos ofrece la ocasión. Predicando a los clérigos parisinos, Bernardo comenta las bienaventuranzas. Nos interesa sobre todo la quinta de entre-ellas.

Quien suplica misericordia, obtiene misericordia, si es misericordioso. Y el primer grado de la misma es la compasión con uno mismo, expresada en el llanto de penitencia, que lleva a la reconciliación consigo mismo.

Restaurada la paz en la propia casa, la misericordia se dilatará al prójimo, y esto hará acreedor a un beso de reconciliación y de paz con Dios. ¿Qué es esta misericordia para con el prójimo? Consiste en:

- Perdonar las ofensas recibidas y poder así orar en verdad al Padre: "perdónanos nuestros pecados".
- Reparar los fraudes cometidos y donar misericordiosamente el sobrante a los pobres, recibiendo de este modo la misericordia divina¹⁶³.
- Dar limosna de hecho o de deseo, quedando así purificado de todo pecado.

De este modo, se podrá escuchar a Dios decir: *bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*¹⁶⁴.

162. OAsspt 15

163. Para la misericordia de Zaqueo ver OS 1, 12

164. Para todo lo precedente Conv 29; para el trasfondo bíblico ver Lc 6, 37; 11, 41; 18, 22; 19, 18; Is 1, 18; Mt 5, 8

Los clérigos de París comprendieron, sin duda alguna, que la misericordia implica sentimiento y buenas obras, espirituales y corporales.

En este texto, y en varios otros en que Bernardo comenta las bienaventuranzas¹⁶⁵; estas se convierten en un itinerario espiritual hacia Dios. Y en este itinerario, la misericordia ocupa un lugar crítico y crucial. De aquí el terrible engaño que significan unas bienaventuranzas ajenas a la vida de nuestro modelo, Cristo Jesús. En este caso, la "misericordia no merece misericordia" ni purifica el corazón¹⁶⁶.

4. Misericordiosa limosna

En fecha incierta, Bernardo escribe una carta a los canónigos de Chatillon¹⁶⁷, exhortándolos a hacer limosna en un momento de hambre y carestía. Esta breve carta es una preciosa interpretación de la quinta bienaventuranza en clave de obras buenas y ofrendas materiales, aunque sin olvidar los beneficios espirituales.

El abad de Claraval recuerda ante todo la palabra divina acompañada de promesa: *bienaventurados los misericordiosos porque ellos obtendrán misericordia (Mt 5, 7)*; y también: *bienaventurado el que piensa en el necesitado y el pobre*¹⁶⁸. De igual modo, respecto al ayuno que Dios quiere: *viste al que veas desnudo y no desprecies tu propia carne (Is 58, 7-8)*; y con palabras de Job: *visitarás a tu semejante y no pecarás (Jb 5, 24)*.

Y, ¿para qué recordar estas palabras divinas? Para llamar la atención sobre la carestía y hambre de los "carenciados y vagabundos"; si éstos habitualmente las pasan mal, ahora las están pasando peor. En consecuencia: "si hay en vosotros entrañas de piedad, si hay compasión por la miseria, que ellas den prueba de sí mismas". Tanto más, cuanto que los miserables y despreciados son "hueso y carne vuestra". Y no es justo sentir de ellos diferentemente de lo que ellos deben sentir de nosotros; es decir: han de sentir el beneficio de los bienes materiales recibidos, o de la palabra pública y privada en su favor para que otros los beneficien.

165. Ver 3 Sent 2; 3; 126; Par 7; Os 1

166. Adv 4, 5-6. Para una "misericordia cruel" en el ámbito monástico, ver Apo 16, 17

167. Ep 451

168. Sal 40, 2 "Porque el Señor lo librará en el día aciago".

5. *Humilde misericordia*

Pasó ahora a un peculiar comentario a las bienaventuranzas que merece apartado especial. En la primera parte del tratado sobre los grados de *humildad y soberbia*, Bernardo ofrece una exposición ascendente: de la verdad hacia la caridad (1-23). Luego de exponer el fruto que aguarda al final de la subida (1-5), trata de los grados de verdad (6-23). Los presenta así: el motivo de su exposición (6; cf. 15), el número de los grados (6), el orden de los mismos (6-17), la obra purificadora que efectúan (18-19), y la obra de la Trinidad en cada uno de ellos (20-23).

Nuestro interés se centra en el segundo grado: la búsqueda de la verdad en el prójimo, compadeciéndonos de sus males. Obviamente, este grado está en íntima relación con el primero y el tercero: búsqueda de la verdad en uno mismo y búsqueda de la verdad en el mismo Dios¹⁶⁹.

El primer grado, referente al autoconocimiento y juicio sobre la propia verdad, antecede al segundo, de igual forma que la bienaventuranza de los mansos precede a la de los misericordiosos. En efecto, quien se conoce y menosprecia, llorará como penitente, satisfará con justicia, aprenderá que todo esto es insuficiente sin la misericordia divina, y a fin de obtenerla será misericordioso con los demás, y si debe corregirlos lo hará con suavidad¹⁷⁰. Esto mismo lo enseña también la experiencia: "ni el sano siente lo que siente el enfermo, ni el harto lo que siente el hambriento. El enfermo y el hambriento son los que mejor se compadecen de los enfermos y de los hambrientos porque lo viven (...) Y nadie siente tan al vivo la miseria del hermano como el corazón que asume su propia miseria"¹⁷¹.

Presupuesto nuestro insuficiente esfuerzo, este primer grado es obra del Hijo de Dios. Él enseña, como Maestro, la verdad a los discípulos de la humildad; la enseña con su palabra y con su ejemplo. La Verdad instruye como Maestro sobre la verdad. Cristo, Palabra y Sabiduría de Dios, restaura la razón alterada en la escuela de la humildad a fin que nazca la humildad¹⁷².

169. *Hum* 6

170. *Hum* 13, 18-19

171. *Hum* 6

172. *Hum* 20-21; cf. 7-12

Los humildes son misericordiosos. Son capaces de extender hacia los demás sus afectos, conformándose con ellos por la caridad, de manera que "sienten como propios los bienes y los males" del prójimo, se alegran con los alegres y lloran con los que lloran¹⁷³. Los que llegan a este segundo grado de misericordiosa verdad, "adivinan las indigencias de los demás en las suyas propias; y por lo que sufren, aprenden a compadecerse de los que sufren"¹⁷⁴.

Una vez más, la obra de la gracia, en la persona del Espíritu, completa nuestra obra. Las obras de misericordia no son suficientes por sí mismas, como así tampoco el afecto de compasión. El Espíritu Santo infunde la caridad en los humildes y les enseña así la compasión, los hace amigos y los consuela como Amigo y Hermano¹⁷⁵. La voluntad, bañada por la unción celestial, se estira como una piel empapada y alcanza, por el amor, hasta sus enemigos. De esta unión del Espíritu y la voluntad nace la caridad¹⁷⁶.

Al igual que al apóstol Pablo, el Hijo nos llama por la humildad al primer cielo, el Espíritu nos reúne en el segundo por la caridad, y el Padre nos exalta al tercer cielo por la contemplación¹⁷⁷.

Este tratado del joven abad Bernardo asienta con firmeza la relación entre la mansedumbre consigo mismo y la misericordia con el prójimo. El que no se acepta a sí mismo con harta dificultad aceptará a los otros. Quien así ha buscado y abrazado la verdad, será abrazado en el Espíritu por el Padre de la Verdad. "El hombre manso puede esperar el bien, y es ya, en el presente, un modelo ejemplar de vida social"¹⁷⁸.

Nos preguntábamos al principio de este apartado sobre la misericordia: ¿simple afecto o algo más? A esta altura de la exposición la pregunta podría formularse así: ¿simples obras buenas o algo más? A la luz de los textos presentados la respuesta evidente es esta: la misericordia es afecto y efecto, sentimiento y obras, sentir bien y hacer el bien. Gracias a ella podemos ser benévolos y benignos, benefactores y acreedores de un igual sentir y actuar por parte de Dios.

173. *Hum* 6; cf. *Rm* 12, 15

174. *Hum* 18

175. *Hum* 19-21

176. *Hum* 21

177. *Hum* 22-23

178. *SC* 70, 6; cf. *VNat* 5, 4-5

C. La escuela de caridad

Con el último texto presentado, el tratado de la humildad, destinado a los monjes, cruzamos ya el umbral y hemos entrado en la escuela de la caridad.

Cuando San Benito de Nursia constituye su "escuela del servicio divino" tiene una finalidad muy clara y precisa: la enmienda de los vicios, la conservación de la caridad, el progreso en la vida monástica y el consorcio con Cristo en su Reino¹⁷⁹.

Bernardo de Claraval, por su parte, sabe muy bien que todas las reglas, incluida la de Benito, fueron instituidas para aumentar y conservar la caridad¹⁸⁰. No es entonces extraño que la escuela del servicio divino sea para él y para los cistercienses una escuela de caridad. Veamos algunos textos claves sobre este particular y algo más.

1. Maestro y discípulos

El sermón 121 de *diversis* es la puerta de entrada más apropiada para ingresar en esta escuela. Cristo es el Maestro, nosotros, monjes, somos discípulos. La instrucción es doble: el único y verdadero Maestro nos enseña el amor, y sus ministros nos educan en el temor.

La interpretación del sentido moral de las bodas de Caná sirve para precisar el tema: cuando se enfría el amor (falta de vino), los ministros de Cristo llenan los espíritus con el agua del temor al castigo, de este modo se extinguen los deseos de placeres y se purifica el alma. Es necesario acercarse luego a quien puede convertir el agua en vino: el temor al castigo en temor casto y puro. El temor puro es temor a ofender al Maestro, quienes así temen están abiertos y preparados para escuchar la doctrina de Cristo sobre el amor.

El Maestro nos dice: *este es mi precepto, que os améis mutuamente, en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros (Jn 15, 12; 13, 35)*. Por lo tanto, para probar que somos discípulos de la Verdad: *amémonos mutuamente (Jn 4,7)*. Y vigilemos en este amor con una triple solicitud, porque Dios es Amor (*1Jn 4, 16*). Procuremos, con todo cuidado, que este amor:

-Nazca en los otros, mediante nuestras obras de caridad, porque así nacerá en ellos Dios, que es Amor.

179. RB pról. 45-49

180. Prae 5

-Crecza, socorriendo al necesitado, ofreciéndonos gratuitamente a quien nos busca para prestarle un servicio, y abriendo el corazón al amigo.

-Se conserve, consintiendo a los deseos de los amigos, conversando con ellos y ayudándolos incluso en cosas innecesarias. Y también se conserva y aumenta mediante un rostro amable, una palabra suave y una acción alegre. El rostro y la palabra muestran el amor, y las obras buenas y gozosas lo confirman, porque obras son amorés¹⁸¹.

¿Qué nos enseña el Maestro Cristo en su escuela monástica del amor? El amor al hermano mediante obras gratuitas y gozosas y relaciones interpersonales amigables y desinteresadas. El discípulo que así ama, ama a su Maestro; y el que no, le ofende¹⁸².

2. Paraíso claustral

Pasemos al sermón 42 de la misma colección de *diversis*. La escuela se ha convertido en paraíso, pero la enseñanza y la vivencia, son las mismas. Bernardo comenta la parábola de los denarios: *negociad mientras vuelvo* (Lc 19, 13). Los negocios son cinco, al igual que las regiones en donde estos se han de efectuar¹⁸³. Nos interesan los negocios que se efectúan en regiones situadas en este mundo¹⁸⁴. El primer negocio tiene lugar en la "región de la desemejanza", y el buen negociante adquiere el desprecio y huida del mundo¹⁸⁵.

Tenemos al negociante en la región del paraíso claustral. Pero, ¿qué región es esta y cuáles son las mercancías con las que se ha de negociar?¹⁸⁶

El *paraíso del claustro* es una región protegida con el muro de la disciplina; resulta ser así una casa o campamento de Dios, un lugar terrible, pero también una puerta del cielo¹⁸⁷.

181. Para otras tres formas de amar al prójimo ver *Div* 96, 6; *I Sent* 22

182. Al igual que el único Mediador incluye otros mediadores, de igual modo el único Maestro participa su magisterio. Pedro y Pablo, por ejemplo, son así mediadores y maestros que nos enseñan a vivir bien; a nosotros, monjes, nos enseñan a vivir "socialmente": amando y siendo amados, dulce y afablemente, y con suma paciencia ante las debilidades físicas y morales de los hermanos (*PP* 1, 1.3-4; *Div* 64, 2).

183. *Div* 42, 2-7

184. *Div* 42, 2-4

185. *Div* 42, 2-3

186. *Div* 42, 4

187. *Gn* 28, 17; 32, 2. Según *2 Sent* 41 la "concordia en el amor" es puerta del cielo.

El *paraíso claustral* es un lugar donde los hombres viven unidos en una misma casa y con idénticas costumbres, lugar de dulzura y delicias en el que conviven los hermanos unidos¹⁸⁸.

Aquí abundan las mercancías, es decir, las virtudes de quienes cohabitan en la casa del Señor de las Virtudes¹⁸⁹. Con estas mercancías se hacen los mejores negocios:

- Compunción por el pecado y exultación en la alabanza divina.
- Servicio e instrucción a los demás.
- Oración y lectura.
- Misericordia y penitencia por el pecado.
- Amor inflamado y progreso en la humildad.
- Humildad en la prosperidad y fortaleza en la adversidad.
- Esfuerzo ascético y descanso contemplativo.

El claustro es un paraíso porque en él todos viven unidos como hermanos, gozosos y felices y con idénticas costumbres. Existe en él un número perfecto de pares de mercancías y la misericordia ocupa entre ellas un lugar central.

Negociando en esta región y adquiriendo una "forma de vida"¹⁹⁰, el buen negociante podrá recorrer "con los ojos del espíritu" las otras regiones. En la región de la expiación adquirirá el "amor compasivo"; en la región infernal, el odio al pecado; y en la región supracelstial, el amor de Dios¹⁹¹.

3. Ciudad y escuadrón

Me detengo por un momento en el *sermón 8 para el Adviento*. Se refiere a tres lugares inferiores por donde habría que pasar antes de subir con Cristo al cielo. En realidad, el que llega al infierno de la "consumición" ya no pasa adelante sino que permanece eternamente en él. El infierno de la "expiación" es lugar de paso, aquí se perdona la pena y purifica la culpa¹⁹². El tercer infierno es el de la "aflicción", es el lugar de la pobreza, pero si a esta se la abraza voluntariamente todo se transforma¹⁹³.

188. *Sal* 67, 7; 132, 1

189. *Sal* 23, 10

190. *Div* 42, 4

191. *Div* 42, 5-7. Según 3 *Sent* 91 el paraíso claustral o región austral es la "vida social".

192. *Adv* 8, 3

193. *Adv* 8, 4

En el infierno de la pobreza voluntaria, está esa ciudad de Dios que es la vida monástica. Es una ciudad hermosa y nupcial, delicada, preciosa y terrible como un escuadrón en orden de batalla. Este orden lo procura el "consenso", y el consenso es fruto de la "concordia"¹⁹⁴.

El escuadrón lo forman quienes viven "concordes y unánimes en la casa del Señor, unidos al Señor y entre sí por el vínculo de la caridad". El enemigo no puede nada contra él, pues le aterroriza la "unidad de la multitud". Al verlos así, concordes, sabe que están en las manos de Dios¹⁹⁵.

¿Cuál es el secreto de esta ciudad fuertemente asentada e inexpugnable? Sus habitantes se esfuerzan por *mantener la unidad de espíritu en el vínculo de la paz* (Ef 4, 3); y son reconocibles, aún por los demonios, pues como discípulos de Cristo se aman unos a otros (Cf. Jn 13, 5).

Trátase de una escuela, un paraíso, una ciudad o un escuadrón, la realidad que da vida es siempre la misma: el amor fraterno que impide seamos separados del amor de Dios¹⁹⁶.

4. Bodega y unguento

Continuamos con el sermón 23 sobre el Cantar¹⁹⁷. Bernardo comenta las palabras: *El Rey me introdujo en sus bodegas* (Ct 1, 3). Atraídas por el Esposo, la esposa y sus compañeras corren al olor de sus aromas (Ibid.), y estos aromas provienen de las bodegas. ¿Quiénes corren? Las "almas fervientes en el espíritu", y quien ama con más fervor corre más rápido y llega antes¹⁹⁸. La esposa es la primera en llegar y entrar, y aunque entra sola, entra para beneficiar a los demás¹⁹⁹.

Dado que el contexto del texto bíblico habla también del huerto y la alcoba (Ct 5, 1; 3, 4) nuestro intérprete une las tres para una mejor comprensión de cada una. De este modo, interpretará el huerto en su sentido histórico, las bodegas según el sentido moral, y la alcoba en su sentido contemplativo. Es precisamente aquí, en estos

194. Adv 8, 5, citando Ct 6, 3

195. Ibid.; cf. Col 3, 14; Hch 4, 32

196. Adv 8, 5, citando Rm 8, 35

197. Cf. Div 92; 3 Sent 123

198. SC 23, 1; cf. 64, 4; Rm 12, 11

199. SC 23, 2

sentidos de la Escritura, en donde el "alma sedienta de Dios" lo busca y encuentra²⁰⁰. Nos conciernen ahora las *bodegas* y su sentido moral, y en particular la segunda o intermedia²⁰¹.

Notemos, ante todo, que en estas tres *bodegas* abunda la gracia y se entra en ellas por la gracia, es decir, por el amor al prójimo, con el cual ya se cumplió la ley. Aunque en la tercera *bodega* se experimenta una mayor plenitud de gracia o amor²⁰².

La primera se denomina *bodega de los aromas* o *de la disciplina*, pues perfuma y sana. Aquí se aprende a vivir como inferior o discípulo en sometimiento a otro²⁰³.

Esto es necesario por la depravación de la naturaleza. Si bien ella es igual en todo hombre, el orgullo hace insensible a esta igualdad, mueve a contiendas por el primer lugar, despierta deseos de preeminencia y gloria vana, lleva a envidias y rivalidades mutuas²⁰⁴.

La voluntad obstinada o propia²⁰⁵ necesita de la disciplina para recobrar la salud: la conducta desenfadada ha de someterse bajo el yugo de las duras e insistentes leyes de los ancianos. La humillación y la obediencia permitirán recobrar la bondad natural perdida por causa de la soberbia²⁰⁶. Así como la fuerza y fragancia de los ingredientes se extrae con la violencia de los golpes; de igual modo, el rigor del magisterio y la severidad de la disciplina extraen la bondad natural de los hábitos honestos²⁰⁷.

De este modo y no de otro, se pasa a la *bodega de los ungüentos* o *de la naturaleza*²⁰⁸. Aquí se convive con otros como igual o como socio, y no ya por el temor de la disciplina sino por el afecto natural. Aquí:

-Se vive en paz unido socialmente con todos los socios en la misma naturaleza.

-Se experimenta la dulzura y delicia de convivir los hermanos unidos. Y la experiencia de esta unión hace que el hombre:

•Sea dulce, manso y enemigo de disputas,

200. SC 23, 3

201. SC 23, 5-8

202. SC 23, 5.7, citando Rm 13, 8.10

203. SC 23, 5-6

204. SC 23, 6, citando Ga 5, 26

205. Cf. Div 92, 2

206. SC 23, 6

207. SC 23, 7

208. SC 23, 5-6

- A nadie engañe, extorsione, ofenda, se le anteponga o prefiera,
- Se comunique gustosamente, dando y recibiendo²⁰⁹.

Así como el unguento de la cabeza²¹⁰ desciende al suave contacto del calor y se difunde por todo el cuerpo; de igual modo, la agradable mansedumbre del afecto voluntario y como connatural, fluye con espontaneidad servicial²¹¹.

Y así se pasa a la *bodega del vino* o de la *gracia*. El que llega a ella preside a los otros como superior y maestro. Aquí reposa el vino del "celo ferviente de caridad", y lo posee quien se consume por la salvación del prójimo²¹².

No es difícil darse cuenta de las diferencias existentes entre estas tres bodegas. No es lo mismo refrenar los sentidos inestables y los apetitos intemperantes por el temor al maestro y la represión de una rígida disciplina, que llevarse bien con los iguales por un afecto espontáneo. Y tampoco es lo mismo convivir socialmente con los demás, que presidirlos con utilidad. Y no todos los que presiden lo hacen con igual humildad, celo y discreción. No obstante, la gracia del amor no falta en ninguna de estas bodegas. El que ha recibido el don de recorrer todas ellas sin tropiezos es perfecto en su conducta y el Esposo y Rey lo introducirá en su alcoba²¹³.

¿Es la triple *bodega* símbolo del monasterio o de la vida monástica? ¿Por qué no? En el monasterio, las almas sedientas de Dios escudriñan las Escrituras para vivir su mensaje moral, el cual se reduce a esto: ama a tu prójimo como a ti mismo, pues el amor es la plenitud de la ley²¹⁴. Pero el monasterio no es sólo *bodega*, ¡es también alcoba!

5. *Procesión y ofrenda*

El sermón 2 para la fiesta de la Purificación nos ofrece nuevos símbolos y lecciones. El Señor se ofrece a sí mismo en el templo por medio de manos virginales. José y María ofrecieron el sacrificio, Simeón

209. SC 23, 6, citando Sal 132, 1; Sb 18, 21; Flp 4, 15

210. Sal 132, 2

211. SC 23, 7

212. SC 23, 5-7

213. SC 23, 8.9ss. Para este amor celoso, necesario y propio de quienes han de presidir a otros, ver SC 18, 6.

214. Rm 13, 10, aludido y citado en SC 23, 7

y Ana lo reciben. Los cuatro forman la procesión que hoy se recuerda, pero también nosotros somos protagonistas en ella, en la medida en que progresamos y nos ofrecemos²¹⁵.

El "modo y orden" de la procesión reclaman nuestra atención: avanzamos de dos en dos, con cirios encendidos en las manos, los últimos o novicios van primero y los primeros o ancianos van últimos, y todos avanzamos cantando las glorias de Dios. ¿Qué significa este modo y este orden?²¹⁶

De "dos en dos", es decir: comprometidos y testimoniando la "caridad fraterna y vida social". Nada peor, en la procesión de nuestra vida monástica, que intentar caminar solo. Quien así lo hace se perjudica a sí mismo y molesta a los otros. Los que se segregan de la comunidad son como animales, carentes de espíritu, que no se esfuerzan por mantener la *unidad del espíritu con el vínculo de la paz*²¹⁷.

Así como no es bueno que el hombre esté solo, tampoco es bueno que se presente ante Dios con las manos vacías. Los cirios encendidos significan las "obras fervorosas y los deseos del corazón". Obras y fuego totalmente opuestos a las obras y fuego del adversario, a saber: la concupiscencia carnal, la envidia y la ambición. Se trata, en definitiva, de las obras de la fe viva, de esa fe que obra por la caridad²¹⁸.

Y no sólo el modo es significativo, también lo es el orden. Al amor y fervor hay que añadir la humildad. Ella permite que nos anticipemos unos a otros con muestras de honor; permite asimismo que antepongamos al interés propio no sólo el interés de los ancianos sino también el de los más jóvenes. En esto consiste ciertamente la perfección de la humildad y la plenitud de la justicia²¹⁹ y, agregamos nosotros, el buen celo del ferviente amor.

Todos, finalmente, vamos cantando. ¿Por qué? Porque Dios ama al que da con alegría y el fruto del amor es la alegría en el Espíritu²²⁰.

La vida monástica es como una procesión de ofrendas en la que cada uno se ofrece a Dios. Pero esta procesión y ofrenda solamente son posibles mediante la caridad fraterna, en la vida común.

215. Pur 2, 1.3

216. Pur 2, 1

217. Pur 2, 2, citando Ef 4, 3 y aludiendo a Lc 10, 1. Para estos solitarios molestos, soberbios y perjudicados ver PP 1, 4; Asc 6, 13; y también Div 1, 2; 2 Sent 76

218. Pur 2, 2, citando St 2, 26 y aludiendo a Ga 5, 6

219. Pur 2, 3, citando Rm 12, 10 y aludiendo a RB 72, 4-7 y 63, 10

220. Pur 2, 3, citando 2Co 9, 7; Ga 5, 22

6. *Unidad y amor*

En casi todos los textos precedentes sobre la caridad fraterna en la vida monástica ha aparecido el tema de la unidad. Se impone una palabra sobre ella, aunque sin traspasar los límites impuestos por el tema específico de nuestro estudio.

En el sermón 5 para la Asunción, Bernardo continúa comentando el evangelio de Marta y María²²¹. Solamente una cosa le es necesaria a Marta para agradar al Dios Único en medio de sus variados quehaceres: estar unificada en sí misma y mantenerse unida con el prójimo. De este modo, Marta (el quehacer) recibirá también como María (el conocer) el premio de unirse al Señor en un solo espíritu con Él²²².

Pero, ¿cómo se consigue la unión con el prójimo, esa gozosa unanimidad, conformidad y convivencia?²²³ La respuesta programática es esta: "acercándonos al otro con amor y acogiendo el afecto que el otro nos ofrece"²²⁴.

Parece fácil pero no es tal. Existen dos impedimentos: la obstinación que nos impide entrar en el otro, y la suspicacia que nos impide creer que el otro nos ama. ¿Quién paga las consecuencias? La unidad que hemos de tener con el prójimo. ¿Existen remedios? Por supuesto que sí, la caridad nos lo ofrece: "el obstinado fomenta esa caridad que no busca lo suyo, y ame a los otros; y el suspicaz practique esa caridad que todo lo cree, y esté firmemente convencido de que todos le aman a él"²²⁵.

Si el amor de unos con otros es requisito imprescindible para la unidad en la comunidad, no es raro que Bernardo exhorte con frecuencia a perseverar y progresar en este amor; y exorcise por todos los medios aquello que causa división, siembra discordia o perturba la unanimidad²²⁶.

Para mantener esta unidad en la vida comunitaria hay que anteponer la voluntad ajena a la propia, convivir sin quejas y con alegría, soportar a todos y orar por todos²²⁷. Hay que tener la audacia de preferir

221. Lc 10, 38-42. Según Asspt 2, 7 Marta y María son hermanas y deben convivir; y según Asspt 3, 4 ambas deben darse en toda alma perfecta; representan las facultades de hacer y conocer, Asspt 5, 6

222. Asspt 5, 9-12

223. Asspt 5, 13; cf. 11, citando Hch 432; Sal 132, 1

224. *Ibid* 5, 13

225. *Ibid.*, citando 1Co 13, 5-7

226. Cf. Mich, 2, 12; SC 29, 3-5; 46, 6-7; Div 17, 4; 3 Sent 116

227. VNat 3, 6

la unidad a los ayunos, vigiliat y oraciones; hay que permanecer en ella como "uno en relación con todos", hay que abrir de par en par el seno y llenar las entrañas con todos los afectos posibles, a fin de hacerse todo para todos, dispuesto a sufrir y gozar con todos²²⁸. En definitiva, el "aglutinante de la caridad y el vínculo de la paz" crean la unidad interior y la unanimidad que fusiona la multiplicidad: "que nuestros corazones estén unidos, amando al Único, buscando al Único, apegándonos al Único y teniendo unos mismos sentimientos²²⁹".

El que permanece en la caridad es sensible a lo que la daña y escandaliza a otros. Ella une en sí lo que está dividido y no divide lo unido. Ella ama la paz y se goza en la unidad. ¡Es madre de la unidad y de la paz!²³⁰.

Si hay algo que caracteriza, más allá de toda sumisión y observancia, al estado monástico, ese algo es seguir el camino más excelente de la caridad fraterna²³¹. Es imposible vivir para Cristo sin amar al prójimo y compartir sus cargas; por el bautismo y la profesión monástica hemos contraído con los hermanos una nueva deuda de mutuo amor²³².

III. Conclusiones

Ha llegado la hora de concluir, la hora de rendir cuentas, sacar y reunir algunas conclusiones.

Mi propósito era exponer algunos aspectos de la doctrina bernardiana sobre el amor al prójimo. Exponer significa: presentar sin suplantar, introducir sin obstruir, mostrar sin necesidad de demostrar. Espero no haber suplantado ni obstruido, y que no haya necesidad de demostrarlo.

Soy bien consciente de que sólo he expuesto algunos aspectos basándome en algunos textos. Otros aspectos han quedado de lado, por ejemplo: el amor de amistad, la relación entre acción caritativa-apostólica y contemplación, el amor a sí mismo y el sentido del humor, el amor al enemigo, las relaciones heterosexuadas... Y a esto se podría

228. *Div* 65, 2-3

229. *Sept* 2, 3; cf. *Ded* 1, 7, cuando más cerca se está de Dios, qué es Amor, mayor es el amor que une entre sí.

230. *Ep* 7,1

231. *Ep* 142, 1, citando *ICo* 13, 1

232. Cf. *Div* 33, 6

agregar aún: las fuentes patrísticas, el vocabulario, la relación con los otros autores medievales, la influencia en la posteridad... Es evidente, entonces, que lo hecho es la mínima parte de lo que se podría hacer.

Me he acercado a Bernardo con sensibilidad de monje campesino y no de escolástico urbano. Me han interesado más los símbolos que los conceptos, los modelos ejemplares que las ideas abstractas, la revelación divina que la especulación humana. Mi interés es vivir el amor al prójimo mucho más que pensarlo o hablarlo.

Pero, ¿qué conclusiones se desprenden de los textos presentados?, ¿cuáles son los pilares o rasgos estructurantes de la doctrina bernardiana? Considero que se reducen a, estos siete:

- Los fundamentos del amor al prójimo son: La comunidad en la misma naturaleza, en la misma gracia de salvación y, para algunos, en el mismo compromiso monástico.
- Este amor se relaciona siempre con el amor a sí mismo y el amor a Dios. Hace al hombre verdaderamente hombre; y es vía excelsa o mediación inmediata con Dios.
- Implica: disciplina, templanza, abnegación, autoconocimiento y humildad; la acción y ayuda graciosa del Espíritu Santo; y modelos que arrastren al seguimiento.
- Sus principales expresiones o manifestaciones son:
 - Querer el bien: benevolencia
 - Hacer el bien y compartir bienes: beneficencia, servicialidad, solidaridad
 - Sentir el bien y sentir bien: misericordia, piedad, benignidad, compasión, mansedumbre, dulzura, suavidad y ternura...
 - Mostrarse bien: amabilidad, afabilidad.
- La misericordia sintetiza todas las expresiones del amor al prójimo pues junta en sí misma el sentir y el obrar, el afecto y el efecto.
- Sus principales símbolos son: la anchura y el ungüento, pues, la unción dilata y aromatiza.
- Su fruto principal, sobre todo en la vida monástica, es el gozo y la paz en la unidad.

Estas afirmaciones sintéticas han de entenderse en un contexto doctrinal más amplio, constituido a su vez por estos otros cinco asertos básicos:

- Dios es Amor y Fuente de inagotable misericordia, por eso nos ama primero y nos hace amables: capaces de dar y recibir amor.

- El amor de Dios, por ser primero y fontal, es verdadero y puro, desinteresado y gratuito; así está llamado a ser nuestro amor.
- El amor de Dios y a Dios tiene una prioridad absoluta, incluye en sí toda expresión de amor, e incluyéndolas hace que sean amor.
- El Hijo de Dios, Cristo Salvador, es Anchura infinita de amor; su Espíritu es Pegamento unitivo inseparable; y María es Madre de la Caridad y de las misericordias, de las tuyas y de las nuestras.
- El amor al prójimo nutre y purifica al amor precedente, aunque incipiente de Dios; éste, a su vez, lo corona.

¿Tiene esta enseñanza de San Bernardo alguna actualidad?

Respuesta: sí. Nos muestra verdades evidentes que, por lo mismo, corren el riesgo de pasar inadvertidas. ¿Cuáles? Al menos estas seis: la justicia sin misericordia no es evangélica; las obras sin afecto no son humanas; el amor meramente vertical o exclusivamente horizontal precisa aún de la salvación que aporta la cruz de Cristo; el monje es monje no tanto por ser solo sino por ser solidario; la unanimidad, no la uniformidad, es lo constitutivo de la vida cenobítica; la teología simbólica es perenne pues, aunque falten monjes, siempre habrá niños, sencillos y pobres en este mundo (¡en el primer mundo y más aún en el tercerol):

Y se ha pasado la hora de acabar. He dicho lo más sabroso, lo más útil de escuchar y lo más fácil de explicar. Para el resto acudan a otros más competentes. Descansemos ya bajo la viña y la higuera, a la sombra del amor de Dios y del prójimo. "Con ambos te amo, Señor Jesús, cuando te amo a ti, que eres mi prójimo porque eres hombre y tuviste misericordia conmigo, y no obstante eres Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén"²³³.

Viale Africa, 33
00144 Roma
Italia

BERNARDO OLIVERA, OCSO
Abad General